

GUERRA, François-Xavier. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. 5.^a México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2000. Edición 2 t. (1.^a ed. esp., 1986), 453 + 546 pp.

Teniendo como telón de fondo las recientes elecciones presidenciales mexicanas, en las que el Partido Revolucionario Institucional ha sido despojado del poder tras setenta y dos años ininterrumpidos en el gobierno (apenas uno de cada tres mexicanos le ha otorgado su confianza), sorprende constatar que aquellos que se levantaron en 1910 contra Porfirio Díaz acusándolo de un prolongado gobierno, hayan terminado gobernando el doble de tiempo. La pregunta obligada, tan válida en el momento de la victoria maderista como ahora, es hasta qué punto el nuevo gobierno podrá sostenerse manejando un país acostumbrado por mucho tiempo —treinta y cuatro años con Díaz, setenta y dos con su heredero el PRI— a un determinado tipo de poder que con el correr de los años llegó a crear su propia lógica de articulación con la sociedad.

La nueva edición que el Fondo de Cultura Económica ha hecho del libro de François-Xavier Guerra (conocido también por *Modernidad e Independencias*, de esa misma casa editorial) nos permite acercarnos al mundo mexicano del siglo XIX. Antes de proseguir se imponen algunas referencias adicionales: lo que el lector tiene entre sus manos no es sino la traducción fiel de la tesis que Guerra presentó en La Sorbona en 1985, y que constituye el punto de partida de sus estudios y escritos posteriores acerca de lo que él denomina la “ficción democrática”; es decir, ese divorcio entre la ideología de una élite liberal culta y blanca —más que mexicana, propia de una América Latina que cree haber alejado de este lado del Atlántico la presencia del Antiguo Régimen— y la sociedad que deben dirigir. El engaño no puede ser más cruel, pues lo que tienen frente a ellos no son los “ciudadanos” que buscan, sino una aplastante mayoría de población “realmente existente” que se considera a sí misma (y que es considerada por los demás) como indígena. Dicha mayoría, que no sabe quién es Rousseau o ignora que

sus integrantes están obligados a ser "individuos", vive en otro mundo, el cual, para el México del siglo XIX, se hunde en una espesa malla de grupos corporativos, herencia intacta de tres siglos de presencia colonial.

La Constitución de 1857, carta de presentación de los liberales, no es más que un proyecto a futuro, suerte de utopía escrita, antes que una ley por la cual regirse. Porque si en la Constitución está señalada de manera muy clara la propiedad individual, basta caminar fuera del perímetro de la ciudad para darse cuenta de que buena parte de las tierras están en manos de las comunidades indígenas: hay pues que revertir la situación, y los liberales mexicanos lo harán de un modo que nos es familiar a los historiadores (y liberales) peruanos: suspensión, en nombre de la igualdad, de todos los fueros y privilegios; ataque frontal, luego, contra la Iglesia, principal representante del Antiguo Régimen. Por último, *tabula rasa* de los valores y de las creencias impartidas por la Iglesia.

Esta "cruzada" liberal debe también destruir, o atenuar al menos, ese mundo subterráneo de relaciones entre los hombres, que eran el soporte de (casi) toda la población: los vínculos y las solidaridades. La complejidad de estos ha llevado al autor a clasificarlos y dividirlos acertadamente en dos tipos: los vínculos de *hecho*, en los cuales los hombres se ven atrapados desde su nacimiento, perteneciendo desde ese momento a tal o cual familia, pueblo o hacienda. La contraparte de estos, los vínculos *adquiridos*, permiten a la persona un cierto grado de libertad, demostrada al ponerse bajo las órdenes de un caudillo en particular, al elegir la amistad de alguien en especial, o al organizar clientelas o ser parte de ellas. Vale la pena, al igual que lo ha hecho Guerra, detenerse en este punto. Líneas arriba se ha señalado que esta telaraña social se extiende sobre todos los mexicanos, desde ese microcosmos que es la hacienda (y que el autor, como buen discípulo de François Chevalier, discípulo a su vez de Marc Bloch, ha estudiado con minuciosidad), presentada en el texto como una "comunidad humana muy coherente con lazos interpersonales extraordinariamente densos y fuertes" (I, 134) —haciendas que, de acuerdo al autor, son a menudo más importantes que los pueblos— hasta que los libe-

rales, cuando se lo propongan, combatirán fuego contra fuego enfrentando a las "Sociedades" y "Asociaciones" que ellos fundan contra las comunidades indígenas y las cofradías.

Está también la familia, una de los más importantes núcleos de reproducción donde los lazos de parentesco constituyen la primera relación que unirá a los actores entre sí. No hay que considerar dentro de estos lazos única y exclusivamente al matrimonio; está también el padrinazgo que permite multiplicar nuevas relaciones o fortalecer aquella que se encontraban debilitadas. Asimismo, llama la atención el poder de cohesión de las familias tanto en el éxito (caso de los Madero) como en el fracaso o en la derrota total (casos de los partidarios de los movimientos aplastados por Díaz). Otro de los puntos que Guerra considera es el del probable origen y duración de muchos de los levantamientos armados del siglo XIX en la cohesión de los clanes familiares.

Es en esta red de vínculos y solidaridades donde encontramos la clave de las tensiones del mundo rural, al igual que su extraordinaria cohesión. De hecho, dominar la América Latina del siglo XIX consistía en conocer desde dentro esta intrincada ramificación social. Y Porfirio Díaz la conocía muy bien. Proveniente de lo más hondo de la sociedad, dado que su padre es artesano y su madre una campesina, Díaz tendrá que valerse desde muy pequeño por sí mismo, pues queda huérfano a corta edad. Esto lo obliga a recorrer todos los caminos posibles (el Seminario, el Ejército, la masonería) para llegar a ser considerado como un "resumen" de todos los hombres de su época (I, 74) y convertirse en el intermediario por excelencia de 1870 en adelante.

Pero la estabilidad a la que llegó el México de Porfirio Díaz comienza a resquebrajarse a partir de 1890. Por los requerimientos mismos de la modernización (rejuvenecida por un baño de positivismo), el Estado debe dejar de lado su pasividad del *laissez faire, laissez passer* y arremeter contra los vestigios (símbolos de caducidad y oscurantismo), que no eran pocos, del Antiguo Régimen. El objetivo está constituido por las tierras comunales que como lo ha demostrado Tristan Platt para Chayanta y Mark Thurner para Ancash, son la garantía de

la existencia misma de las comunidades indígenas. Desde 1890, el énfasis está puesto en favorecer la propiedad individual, recortando los privilegios de las municipalidades mexicanas, por ejemplo.

Ya no se trata del Estado con brazos pero sin dedos, de acuerdo a la imagen que utilizaba Le Roy Ladurie para la Francia del siglo XVI. Ahora el Estado es la versión corregida y aumentada de su antecesor, el estado borbónico. Es más, para Guerra, el México porfirista concluye la tarea inacabada de fines del siglo XVIII: efectuar el despegue económico interrumpido por las guerras de Independencia.

Por consiguiente, el Estado amplía sus funciones, acrecentando el gasto público y el peso fiscal, acaparando la actividad económica, haciendo suyo el control de la educación. Es aquí donde aparecen los burócratas en sus distintas variantes: jueces, funcionarios, maestros, abogados. Los cambios que se han operado entre 1876 y 1910 no tienen que ser necesariamente tan visibles; silenciosamente, la educación ha logrado arrancar del analfabetismo a miles de campesinos logrando que accedan a un mayor número de oportunidades frente a los demás. De paso, van tomando conciencia (en los lugares públicos, clubes o sindicatos) de las ventajas de la ciudadanía, manifestada en las asociaciones liberales de donde saldrá un número nada despreciable de ideólogos para la Revolución de 1910.

Habiendo llegado al final del libro —donde unas “Conclusiones” muy bien sintetizadas cierran el texto— no podemos sino señalar que esta obra de François-Xavier Guerra fue fundamental para la reelaboración de la “Nueva” Historia Política en América (*New Politic History*). El libro de Guerra es, sin duda, un clásico. Y como todo clásico corre el riesgo de ser —tomo prestada una frase de François Furet— “mas citado que leído y más leído que comprendido”. Hará mal el lector que se sienta abrumado por las casi novecientas páginas que componen el libro evitando leerlo. Al contrario, estamos seguros de que quedará satisfecho luego de su lectura.

José Ragas

Pontificia Universidad Católica del Perú